

El rescate

Antonio García Velasco

Sin duda alguna lo salvó el cayo. Lo arrastraba el río y pudo librarse de la corriente al alcanzar aquella isleta baja y arenosa. Mas era grande la crecida y corría el peligro de que la pequeña superficie quedara desbordada por la corriente.

Su inquietud aumentaba en la medida del agua del cauce. Se sentía exhausto, empapado, con el frío helándole hasta la médula de los huesos, sin fuerzas para nadar de nuevo y arribar a la orilla más próxima. La superficie de la islilla se achicaba. Un milagro, apenas, pudiera salvarlo.

Pensaba arrepentido en el bofetón que había propinado a su pareja cuando ésta le dijo que no servía ni para besar el suelo que ella pisaba. Había mantenido una fuerte discusión con la mujer que terminó con el violento golpe que la tumbó en el suelo y su salida de casa dando un tremendo portazo. Se le avivó la imagen de ella, vestida con refajo y ridiculez, vociferándole como si disfrutara humillándolo. Nunca había sido su intención ser protagonista de un episodio de violencia machista. Incluso había participado en manifestaciones ciudadanas reclamando solución al grave problema que supone la violencia de género. Por la orilla del río caminaba maldiciente y pesaroso, cuando lo sorprendió la tromba de agua y fue arrastrado a la vertiente. Se defendió como pudo de la fuerza de las aguas hasta que llegó, más empujado que voluntariamente, al cayo salvador.

El agua crecía como su sofoco. A punto estaba la desaparición visual de la isleta. El agua comenzó a cubrirle los tobillos. Gritó una vez más pidiendo auxilio, a sabiendas de la inutilidad de sus voces. No le quedaba mente para el análisis racional de la situación. Sus ropas mojadas, el frío que calaba sus entrañas... El agua seguía creciendo. Sus gritos desesperados le desgarraban la garganta. Elevó los ojos al cielo pidiendo perdón y clemencia. No volvería a levantar la mano a una mujer, por más que ésta lo insultara, lo ninguneara, le minase su autoestima con comentarios hirientes. A lo mejor ella lo había denunciado. Acaso la policía lo estaría buscando para llevarlo al calabozo. Un amigo suyo fue denunciado por su esposa acusándolo de haberle propinado una bofetada y durmió una noche en la cárcel. La riada cubría las arenas del cayo y amenazaba con arrastrarlo. El agua le llegaba a las rodillas. Hacía ímprobos esfuerzos por mantener el equilibrio.

-¡No puedo más, Dios mío!

El milagro se produjo en forma de helicóptero de la guardia civil que irrumpió en el aire y le arrojaba una escala salvadora. Subió con ayuda de un agente.

-Dormiré en el calabozo, ¿no es cierto? -dijo en cuanto se vio salvado- Ella me ha denunciado, ¿verdad?

Los agentes pensaron que deliraba a consecuencia de la hipotermia y del sufrimiento traumático por el peligro del que lo habían librado. Trataron de sosegarlo mientras volaban hacia el hospital clínico, donde esperaba la camilla de los auxilios inmediatos.

-Me ha denunciado, ¿verdad? ¿Tengo que dormir en el calabozo?

-Esta noche dormiré en el hospital. Y deje de pensar en tonterías.

-No son tonterías. Ella me habrá denunciado.

Le proporcionaron un tranquilizante que le hizo relajar la tensión y dormir.

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, se encontró con Adela, su esposa. Quedó sobrecogido, asombrado, inerme.

-Prometo que no volveré a hacer comentarios que te coman la moral -dijo ella-. Espero que me perdone.

Él la atrajo a sus brazos y comenzó a llorar.